

23. La supremacía del Rey adoptada casi únicamente por el parlamento y el clero, era efecto del temor mas bien que de la persuasion. Despues de las primeras impresiones del terror, se hizo oír la voz de la conciencia, y se levantaron muchos contradictores. Enrique VIII comenzó entonces el papel de perseguidor, para continuar desempeñándole mientras duró su vida. Primero fueron inmolados á su resentimiento varios religiosos, los mas celosos entre los ingleses, como que eran los que menos tenían que perder. Despues de algunos ensayos de esta especie, fáciles de egecutar en víctimas inferiores, acometió á otras mas distinguidas. Tomás Moro, que renunció el empleo de gran canciller, y Juan Fischer, obispo de Rochester, eran mirados como los hombres mas grandes de Inglaterra en ciencia y probidad. Fischer prestó no obstante al principio el juramento de su primacia, sin conocer bien su pecado, porque añadió este correctivo: *salva la obediencia debida á la ley de Dios*. Mas no tardó mucho en arrepentirse, y en pleno consejo él y Moro se negaron á suscribir á la acta legal que establecia esta primacia. Lo único que alegaron para justificar su firmeza, fue que su conciencia y el interés de su salud eterna no les permitian hacerlo. Como les replicasen, que debian formar su conciencia engañosa por las decisiones del gran consejo del reino, que era mucho mas ilustrado que ellos: si yo fuese solo contra el parlamento, replicó Moro, seguramente desconfiaria de mí mismo, pero si el gran consejo de Inglaterra es

contra mí, yo tengo en mi favor el gran consejo de la cristiandad, que es la Iglesia católica (1). Fischer respondió lo mismo y en iguales términos. Arrebatado el Rey de despecho, los envió á la torre, mandó quitarles pluma y papel, privó al obispo de todas sus rentas, y apenas le dejaron algunos malos vestidos para defenderse del frio; de suerte que este venerable anciano de edad de ochenta años, hizo suplicar al ministro que le mandase dar algun cubierto; y se duda que se le diese.

No bastando á los designios del Rey esta prision rigurosa que duró un año, resolvió quitar la vida á aquellas dos grandes personas, á fin de intimidar á todos los que pudiesen oponer el mismo obstáculo á la seduccion (2). Sin embargo, el obispo de Rochester fue creado cardenal en su encierro. Paulo III se propuso inspirar con esto mas veneracion á aquel ilustre prisionero, é impedir á lo menos que se atentase á su vida. Este paso por el contrario solo sirvió á redoblar los recelos del Príncipe, quien mandó inquirir si el prelado habia solicitado este honor, ó si á lo menos habia tenido de él anticipadamente noticia. El santo anciano respondió, que gracias al cielo, jamás habia tenido ambicion ni en sus mas floridos años; y que aun cuando se pudiese sospechar de él este sentimiento en otro tiempo, el estado en que se hallaba, aun prescindiendo de su avanzada edad, su

(1) *Burn. l. 2. p. 227. Sander. l. 1. p. 105.*

(2) *Ciacon. t. 3. p. 574.*

prision, sus cadenas, y la muerte de que estaba amenazado á cada instante, le justificaban suficientemente. El Rey lejos de aquietarse con esta respuesta, dijo, insultando al Papa; enhorabuena, que envíe su birreta cuando quiera; pero cuando llegue ya no existirá la cabeza para que se destina. Mandó hacer inmediatamente el proceso al santo confesor, el cual, antes de acabar el mes, fue condenado al suplicio de los reos de lesa Magestad. Cuatro dias despues le cortaron la cabeza.

Habia gobernado la iglesia de Rochester con grande edificacion por espacio de treinta años (1). Su doctrina igualaba á su virtud. A juicio de los críticos mas hábiles pasó por uno de los escritores que refutaron mejor los errores de Lutero, de OEcólampadio, y de otros novadores de su tiempo. Se asegura que tuvo mucha parte en el tratado de Enrique VIII contra Lutero, y aunque habiéndose encargado de todo el trabajo, abandonó esta gloria á su Príncipe, en cuya gracia se conservó hasta el incidente del divorcio. Por esta razón sin duda se ha contado esta obra intitulada: *Defensa de los siete Sacramentos*, la primera entre las de Fischer. Era escelente teólogo, consumado en el estudio de la Escritura, de los padres y de las lenguas sábias, dotado de un juicio sóbrio, y uno de los mas eruditos, mas exactos, y mas concluyentes escritores del siglo diez y seis.

Cuando Moro supo la muerte de Fischer, se puso en oracion y dijo á Dios que se reconocia indigno de

(1) *Bellarmino de Script. Eccl. Dupin. Bibl. t. 14. p. 145.*

la gloria del martirio; pero que no obstante la distancia que habia de él al santo obispo que acababa de sufrirlo, suplicaba á su infinita bondad que le hiciese participante de los mismos sufrimientos y de la misma corona. Despues de estas palabras, saltaron algunas lágrimas de sus ojos, y atribuyéndolas sus amigos á temor, creyeron poderle resolver á conformarse. Muchas personas de distincion fueron á hablarle con este designio, y no pudieron ganar nada sobre un alma, cuya sensibilidad no debia servir mas que para realzar su heroismo. Su muger fue despues de todos los demás, y le suplicó en los términos mas tiernos que no abandonase una esposa que le adoraba, unos hijos á quienes jamás habia sido tan necesario, su patria, su fortuna, su vida en fin, cuyo hilo iba á cortarse en el punto mas floreciente de su carrera. Insistiendo sin cesar sobre este último artículo, le preguntó Moro, que cuánto tiempo la parecia que podria vivir todavía. Por lo menos veinte años, le respondió la esposa, y puede ser muy bien que treinta. ¡Veinte ó treinta años! replicó aquel hombre grande. ¿Qué viene á ser este término, y todo espacio limitado en comparacion de la eternidad? Cuando vieron su perseverancia inmutable, llegó la persecucion hasta el extremo de quitarle sus libros que le servian de consuelo, y privarle de pluma y papel, á fin de que no tuviese mas trato con persona alguna. Desde entonces tuvo sus ventanas dia y noche cerradas, para conversar continuamente con Dios. Habiéndole preguntado el alcaide por qué se condenaba

á sí mismo á estas tinieblas afflictivas, respondió: es preciso cerrar el taller cuando me están prohibidos tambien todos los instrumentos.

Interrogáronle de nuevo los comisarios acerca de lo que pensaba del estatuto que establecia al Rey cabeza de la iglesia anglicana. ¿Qué preguntais, dijo primeramente, qué preguntais á un hombre tratado en Inglaterra como extranjero, como un enemigo público, y como un miembro cortado del estado? Estrechándole á esplicarse, y viéndose el confesor casi seguro del martirio, habló de esta manera: „Por la gracia de Dios siempre he hecho profesion de la Religion católica y romana (1). Habiendo oido no obstante decir frecuentemente, que la potestad del Papa no era mas que de derecho humano, quise profundizar esta cuestion, pero sin alterar jamás mi creencia. Me he aplicado á este estudio por espacio de siete años enteros, he buscado las fuentes, y he retrocedido hasta el primer origen de las cosas. En fin, he hallado que el poder pontificio que el Rey se acaba de abrogar temerariamente, por no decir otra cosa, es no solamente útil, sino necesario, legítimo en todo rigor, y de derecho divino. Esta es mi creencia, en la cual, con la gracia del Señor, espero morir.”

Sus jueces le acusaron de rebelion y de traicion; y el duque de Norfolk le dijo, que se manifestaba claramente el ódio que tenia al Rey. A mí me toca, replicó Moro, dar cuenta á Dios de mi fidelidad. ¡Ojalá me fuese él tan favorable como yo he sido

(1) *Sander. l. 1. p. 117.*

siempre fiel y afecto á mi Príncipe! Tomás Andley, cortesano sin conciencia, y que por esto mismo le habia sucedido en la dignidad de canciller, le preguntó si se creía mas hombre de bien y mas ilustrado que tantos obispos, abades y eclesiásticos de todas las órdenes: que tantos jueces, toda la nobleza de Inglaterra, el parlamento, y en fin, que todo el reino. A un obispo de vuestro partido, replicó Moro, puedo oponer ciento cuya fe ha sido ya coronada en el cielo. Y la nobleza de Inglaterra ¿puede entrar en comparacion por su número con los mártires y los innumerables confesores que han dado testimonio de mi creencia? Por lo que hace al parlamento, el cual ha obrado sin libertad en esta ocasion, ¿igualará su autoridad á la de los concilios generales celebrados en tantos centenares de años? En fin, decís que toda la Inglaterra favorece á vuestra opinion; pero la Francia, la España, la Italia y todo el resto de la cristiandad, el oráculo de todos los cristianos, la Iglesia católica la aborrece y la reprueba. Temieron los jueces dejarle continuar á presencia del pueblo: pronunciaron contra él sentencia de muerte, y le volvieron á la prision.

Una de sus hijas llamada Margarita, jóven singular, á quien entre otras cosas habia enseñado las lenguas griega y latina, y la amaba tiernamente, le salió al encuentro en el camino para decirle el último á Dios (1). Moro la abrazó afectuosamente, y la dió su bendicion, sin que se advirtiese en el padre

(1) *Staplet. vit. Mor. Sander. l. 1. p. 130.*

cosa alguna que desmintiese la generosidad de su común sacrificio. La vispera de su suplicio, que fue diferido algunos dias antes, escribió Moro todavía á esta hija querida, valiéndose de un carbon y de algun retazo de papel que le vino á las manos, que en breve dejaria de ser gravoso á todos: que ardía en deseo de ver á Dios, y de morir al dia siguiente. Este dia era el de la octava del santo Apóstol cuya primacía defendia, y á un mismo tiempo el de la traslacion de Santo Tomás de Cantorberi, á quien tenia una devocion particular. Dios le concedió un consuelo tan cristiano. En este momento deseado hallándose al pie del suplicio, como la escalera no fuese muy cómoda, dijo á un criado del verdugo: dame la mano para subir, que no tendré necesidad de ella para bajar. Despues de haber hecho la oracion acostumbrada con mucha serenidad, y cantando el salmo *Miserere*, tomó al pueblo por testigo de que moria en la profesion de la fe católica, apostólica y romana. Inmediatamente puso la cabeza sobre el tajo, sin que estos aparatos le causasen la mas leve conmocion, y sufrió la muerte, no solamente con constancia, sino tambien con la santa alegría de los mas generosos mártires. Toda la Inglaterra lloró á vista de este espectáculo, y los verdaderos cristianos creyeron haberlo perdido todo en la persona de este ilustre defensor de la Religion. El temor de ofender al Rey, aunque impidió dar á Fischer los honores de la sepultura, no hizo alguna impresion en la hija de Moro. Esta cumplió con intrepidez los últimos deberes para con un padre

tan querido, le hizo sepultar con grandes honores; y la piedad filial intimidó á la misma tiranía, que no intentó jamás inquietarla. El historiador Burnet no puede dejar de convenir en que la muerte de Fischer y de Moro son dos borrones en la vida de Enrique VIII.

24. Este Príncipe, despues de haberse teñido de una sangre tan preciosa, se mostró insaciable de derramarla (1). Llevaba de reinado mas de veinte años, sin haber quitado la vida por crimen de estado mas que á dos personas, cuyo suplicio no se le puede reprehender; pero en los doce últimos años de su vida, es decir, cuando su oficio de cabeza de la iglesia habia depravado hasta su natural, y no le dejó por guía mas que su sentido réprobo, vino á ser uno de los tiranos mas sanguinarios: ya no tuvo medida en el rigor de sus egecuciones; esceso mucho mas injusto, porque se revestia su injusticia de las formas y de todo el aparato del derecho. Hizo leyes espresas para condenar los acusados sin oirlos, y para poner lazos á su inocencia en los trámites del foro (2). Llegó á persuadirse que todos sus súbditos debian arreglar su fe á sus decisiones. En una palabra, la primacía eclesiástica que le habian deferido sus pueblos, le abismó en un laberinto de prevaricaciones y de tiranías tan odiosas, que un hombre honrado, segun las propias espresiones del protestante Burnet, no seria capaz de egecutarlas. ¿Es este el carácter de un reformador digno de ser seguido, ó de un feróz sobornador,

(1) *Burn. t. 1. l. 1. p. 199.* (2) *Id. in præf.*

abandonado por la divina Justicia á la perversidad de su corazón, y que por sí mismo se ofrece á la infamia (1)?

Poco tiempo antes de la muerte de Fischer y de Moro habia hecho Enrique por igual motivo arrastrar sobre unos mimbres á un doctor de la abadía de Sion, á tres cartujos y á un clérigo secular. Despues del suplicio de la cuerda hizo abrirles el vientre para arrancarles el corazón y las entrañas, y dividieron sus cuerpos en cuartos. Este proceder carnicero fue el que mas complació al tirano, y el que vino á ser ordinario para con los fieles defensores de la unidad católica. Desde aquel tiempo el terror y una negra tristeza se derramaron por toda Inglaterra, en la que no habia ningun hombre de bien que no tuviese motivo de temblar por su propia vida. Entre éstos uno de los mas ilustres, Reginaldo Polo ó Pool, pariente cercano del Rey, corrió riesgo de ser víctima de los furores personales de este Príncipe, el cual despues de haber echado muchas veces la mano á la espada para matarle, le redujo en fin á estrañarse voluntariamente del reino (2). Con los escelentes estudios que habia empezado en Inglaterra y perfeccionado en las academias mas célebres, y con el trato de los sábios mas distinguidos de toda Europa, habia adquirido Polo vasta erudicion, grande elocuencia, y el arte de escribir y de pensar noblemente; y las ciencias que muchas veces dañan á la modestia, solo

(1) *Bossuet, Hist. Var. l. 7. n. 16.* (2) *Du-dith, in Edit. Card. Querin. t. 1. p. 7.*

sirvieron de hacer brillar mas la suya. Enrique VIII, que apreciaba tantas virtudes y talentos, quiso hacer uso de ellos para ganar á los doctores de París cuando mandó consultar á esta universidad el asunto del divorcio. Mas habiéndose escusado Polo, aunque con otro pretesto, de tomar la menor parte en una empresa que él detestaba constantemente, experimentó desde entonces tibieza en el afecto con que el Rey le honraba: es tambien constante, á pesar de cuanto dicen en contrario diferentes escritores, por otra parte respetables, que se negó del todo á asistir á la asamblea del clero que dió al Rey el título de cabeza de la iglesia anglicana. El mismo Polo nos lo dice formalmente; y este testimonio, como del escritor mas instruido, debe tener lugar de demostracion (1). La mentira, si fuese dable sospechar de su candor, solo habria servido para cubrirle de mas oprobio, en un tiempo en que sus cómplices, todos ó casi todos vivos, no hubieran dejado de desmentirle. El furor de Enrique contra Polo llegó al estremo de poner precio á su cabeza.

25. El primer acto que hizo de su primacía fue dar á Cromwel (nombre consagrado desde este siglo á la execracion pública) la cualidad de su vicario general en lo espiritual, y de visitador de los conventos y de todos los privilegiados de Inglaterra. Fue hijo de un herrero de Pulney, y él era un infeliz artesano; fue despues soldado, y por último criado del cardenal Wolse; pero con su aplicacion, con alguna

(1) *Ibid. p. 248. et 449.*

inteligencia y mucha intriga, se unió á los intereses de Ana Bolena respecto de las nuevas doctrinas, y lisongeó tanto las inclinaciones del Rey, que este Príncipe le hizo sucesivamente baron de Oukam, guarda del real sello, secretario de estado, canciller del orden de la Jarretiera, conde de Essex, gran camarero, primer ministro, y en fin su vice-gerente en los negocios espirituales, con potestad de presidir á las asambleas del clero, y de conocer de todas las materias eclesiásticas. Desempeñó este oficio como podia esperarse de un hombre que juntaba á la ignorancia toda la cautela que la es casi inseparable, y las groseras pasiones de las gentes de su esfera. Se le pinta en dos palabras cuando se dice de él que arruinó en todas partes, y no edificó en ninguna.

26. Uno de los primeros consejos que dió al Rey fue el de esterminar los monasterios (1). Cromwel miraba esta supresion como un golpe ventajoso para establecer el luteranismo en el reino: el Rey lo aplaudió como un medio indirecto de satisfacer su codicia, y de saciar su ódio contra los religiosos, á quienes miraba como á los mas firmes partidarios de la primacia romana (2). Sin embargo, cuando hubo sondeado la disposicion de los ánimos, reconoció que no podia suprimir todas las casas religiosas, sin indisponer contra sí la mayor parte de sus súbditos; y procedió por grados, cubriéndose todavía con el celo de la regla ó de la reforma. A este efecto ordenó una visita general de monasterios, en donde debiesen

(1) *Sander. l. 1. p. 138.* (2) *Burn. t. 1. l. 3. p. 246.*

informarle del estado de los bienes, del número de los religiosos, y del modo con que practicaban las observancias de su orden. Los visitadores no dejaron de hallar lo que el Rey deseaba; es decir, los desarreglos verdaderos ó falsos que debian justificar su empresa; y los hicieron públicos á fin de desacreditar las víctimas de la persecucion antes de inmolarlas. Los encerraron en sus monasterios como en otras tantas prisiones; agravaron el yugo de la regla con mil establecimientos arbitrarios, hicieron resonar continuamente en sus oidos los nombres formidables de Rey y de leyes; y despues de haberlos hecho estremecer por todos los medios imaginables, les insinuaron que para cubrir sus faltas y preservarse del castigo, el medio seguro era dar ellos mismos sus casas al Príncipe, y que éste proveeria liberalmente á la subsistencia de cada uno en particular. Este arbitrio produjo la cesion de un cierto número de prioratos con el consentimiento de sus comunidades, ó de una buena parte de ellas. En consecuencia sobrevino un decreto del Rey, quien en su cualidad de cabeza suprema de la iglesia anglicana, absolvía de los votos á todos los religiosos que los hubiesen hecho antes de la edad de veinticuatro años, y aun daba á los demás la libertad de vivir como seculares fuera de sus monasterios. Antes de esto, todos los titulares habian sido ya absueltos de los juramentos hechos al Papa, y obligados á borrar este nombre de sus títulos.

Estos medios seductivos no hicieron sin embargo  
Tom. xx.